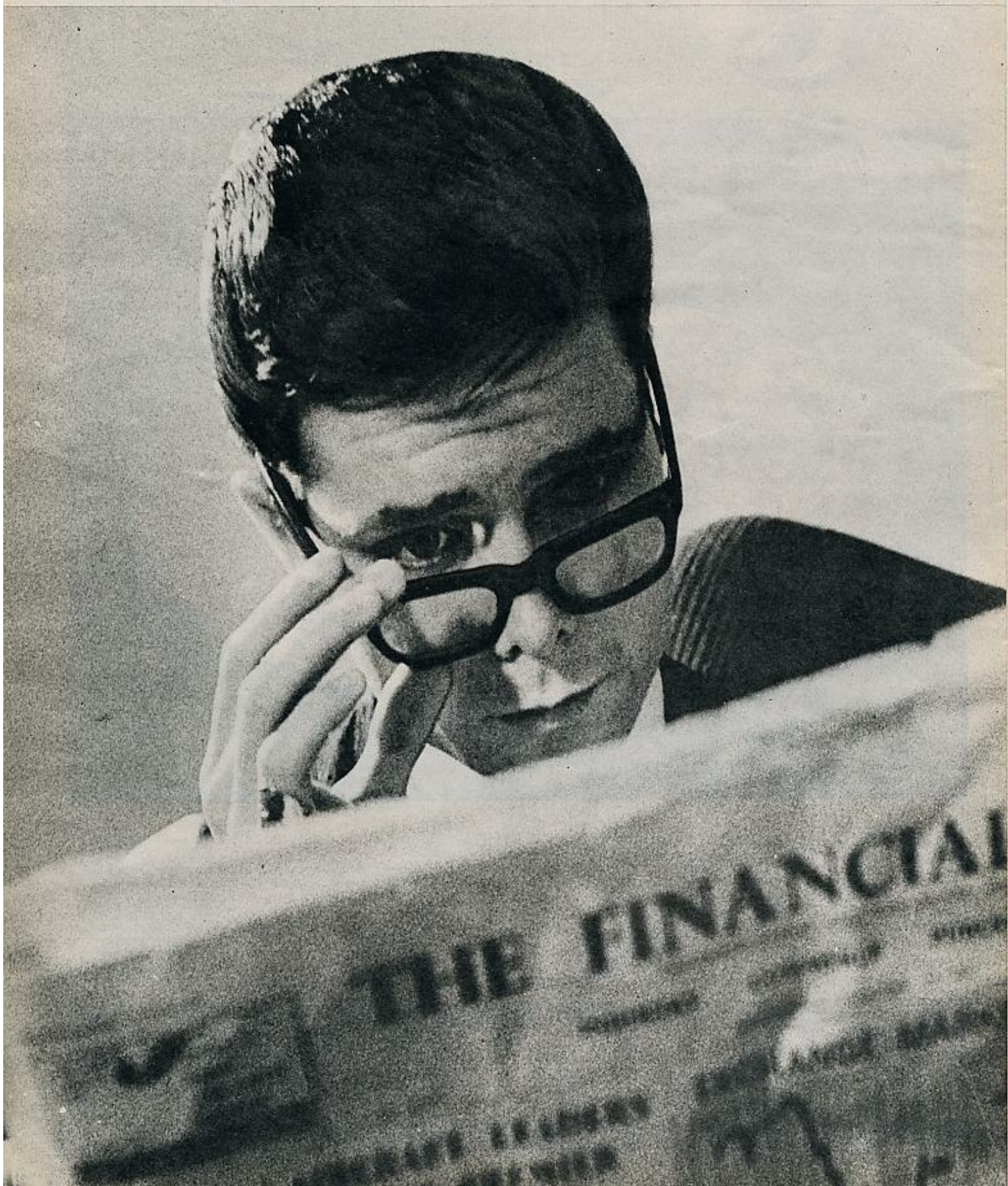


CLIFF ENTRA EN



LA CITY

LA canción moderna ha ocupado en nuestros días un puesto de primera importancia, cuyos motivos van más allá de su simple expresión musical. Es un hecho que el máximo consumidor de los ritmos de última hora es el público joven. El creciente desarrollo del nivel de vida medio en la mayor parte de los países hace que ese consumidor sea el que promueva, al aceptar o rechazar, determinados estilos. Si hasta hace unos años el muchachito o la muchachita tenían que esperar a que sus padres les comprasen los discos, ahora los jóvenes pueden disponer de un cierto desahogo económico —nos referimos siempre a esa serie de países en los que el nivel de vida ha alcanzado un desarrollo considerable— que les permite obrar por sí mismos. Esta circunstancia crea hechos nuevos, y uno de ellos es el auge impresionante de la Bolsa de la canción, la creación de ídolos jovencísimos, pues son amplios sectores de la juventud mundial quienes los imponen para su propio consumo: Paul Anka, Rita Pavone, Johnny Hallyday, Sylvie Vartan, Los Beatles, Cliff Richard...

Por eso no es extraña la noticia de que este último cantante, en asociación con el «crooner» australiano Frank Ifield, haya vendido tres de sus compañías privadas a Constellation Investments, un grupo de la City londinense. De esta forma, los «fans» pueden comprar acciones de sus ídolos. El coste de una acción será de 65 chelines y 4,5 peniques, es decir, justamente el precio de uno de los discos grandes.

Esta entrada en la Bolsa de Cliff Richard da prueba, una vez más, de la sensatez y espíritu comercial de los jóvenes ídolos de la canción. Encumbrados de la noche a la mañana, son conscientes, sin embargo, de que su popularidad puede cesar con la misma rapidez con que se ha creado. El consumidor es variable y exigente, y el cantante que hoy día electriza a las multitudes puede dejarlas mañana completamente indiferentes. Bien es cierto que durante el período de esplendor llegan a ganar sumas fabulosas, pero más vale proceder con cautela e invertir esos ingresos en negocios prósperos o en seguras operaciones bancarias. Los Beatles —uno de los fenómenos más importantes de esta esfera tan particular de nuestro tiempo— han sabido hacer las cosas siempre, partiendo de su gran calidad de cantantes y de su reconocida sapiencia mercantil. La época en que los artistas famosos al cabo de los años aparecían arruinados vendiendo caramelos en cualquier esquina, parece definitivamente liquidada.

Cliff Richard, como otros varios colegas suyos, sabe con certeza el inseguro terreno que pisa. Pero toma las medidas para hacer frente a los presumibles cambios en el gusto de la juventud. La Bolsa londinense, con sus inevitables oscilaciones, le ofrece más garantías para el futuro que el actual éxito que disfruta.

(Fotos DAVID STHEN-
CAMERA PRESS-ZARDOYA)



Los ídolos de la canción moderna se hacen hombres de negocios. Richard ha entrado en la City londinense.